

Jules Verne
La invasión
del mar

Traducido del francés
por Alicia Martorell

Alianza editorial

Título original: *L'invasion de la mer*

Diseño de colección: Estrada Design
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización..

© de la traducción: Alicia Martorell, 2025

© Alianza Editorial, Madrid, S. A., 2025

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.alianzaeditorial.es



ISBN: 978-84-1148-993-5

Depósito legal: M. 3.410-2025

Printed in Spain

Nota de la traductora

La novela de aventuras de Jules Verne *La invasión del mar* se publicó por primera vez por entregas en el *Magasin d'Éducation et de Récréation* de enero a agosto de 1905. El editor Hertz el la publicó en un volumen ese mismo año.

Jules Verne había titulado su novela *El mar sahariano*. Es la última obra cuyas pruebas de imprenta pudo corregir.

La invasión del mar

Capítulo 1 - El oasis de Gabes

—¿Qué sabes?

—Sé lo que he oído por el puerto...

—Hablaban del barco que viene a buscar... que se llevará... a Hadjar.

—Sí, a Túnez. Allí lo juzgarán.

—¿Y lo van a condenar?

—Lo van a condenar.

—¡Alá no lo permitirá, Sohar! ¡No! ¡No lo permitirá!

—¡Silencio! —dijo con firmeza Sohar, prestando atención, como si escuchara un ruido de pasos sobre la arena.

Agachado, se arrastró hacia la entrada de la rábida abandonada en la que tenía lugar esta conversación. Todavía quedaba algo de luz, pero el sol no tardaría en desaparecer tras las dunas que bordean esta parte del litoral del golfo de Gabes. A principios de marzo, los crepúsculos son rápidos en el paralelo treinta y cuatro del hemisferio septentrional. El astro rey no se acerca al horizonte en un movimiento oblicuo: parece que cayera verticalmente, como un cuerpo sometido a la ley de la gravedad.

Sohar se detuvo y luego dio unos pasos más allá del umbral, achicharrado por los abrasadores rayos del sol. Su mirada recorrió en un instante la llanura circundante.

Hacia el norte, las verdes elevaciones de un oasis formando colinas redondeadas a un kilómetro y medio de distancia. Al sur, la extensión interminable de las playas amarillentas festoneadas por la espuma de la marea ascendente. Al oeste, cúmulos de dunas perfilándose en el cielo. Al este, el amplio espacio del mar que forma el golfo de Gabes y baña el litoral tunecino, descendiendo hacia las tierras tripolitanas.

La ligera brisa del poniente que templaba el aire durante el día había cesado al atardecer. Ningún sonido llegó a los oídos de Sohar. Le pareció escuchar un ruido de pasos en las inmediaciones del cubo de antigua mampostería blanca, al abrigo de una palmera centenaria, pero reconoció su error. Nadie, ni en las dunas ni en la playa. Caminó alrededor del pequeño monumento. No había nadie, ni huellas de pasos en la arena, salvo las que habían dejado su madre y él a la entrada de la rábida.

Apenas había pasado un minuto desde la salida de Sohar cuando Djemma apareció en el umbral, preocupada porque su hijo no había regresado. Sohar, que en ese momento doblaba la esquina de la rábida, la tranquilizó con un gesto.

Djemma era una africana de raza tuareg. Ya había cumplido los sesenta, alta, fuerte, erguida, de aspecto enérgico. De sus ojos azules, característicos de las mujeres de su origen, se escapaba una mirada tan orgullosa como apasionada. Su piel blanca había tomado un tono amarillento por la pasta de ocre que cubría su frente y sus mejillas. Estaba vestida de tela oscura, un jaique holgado de la lana que tan abundantemente suministran los rebaños de los hamama que viven cer-

ca de las sebjas o chotts¹ de las llanuras de Túnez. Una capucha amplia le cubría la cabeza y el abundante cabello en el que empezaban a asomar algunas canas.

Djemma permaneció inmóvil en ese mismo lugar hasta que su hijo se reunió con ella. No había visto nada sospechoso en las inmediaciones y el silencio solo se veía perturbado por el canto lastimero de algunas parejas de *bou habibi*, el gorrión de Yerid², que revoloteaban entre las dunas.

Djemma y Sohar entraron en la rábida a esperar la llegada de la noche que les permitiría alcanzar Gabes sin llamar la atención.

Su conversación se desarrolló en estos términos:

—¿Ha salido el barco de La Goulette?

—Sí, madre, esta mañana ha doblado el cabo Bon. Se trata del crucero Chanzy...

—¿Llegará esta noche?

—Esta noche, a menos que haga escala en Sfax... Pero es más probable que ataque frente a Gabes, donde le entregarán a su hijo, mi hermano.

1. Un chott es un lago salado que suele estar seco la mayor parte del año. Aunque sobre este punto hay discrepancias en las definiciones y en algunos casos estos términos son intercambiables, una sebja es la zona de marismas que rodea los chotts. En general, las transcripciones para los términos geográficos saharianos están poco estabilizadas, así que hemos elegido la más adaptada a los sonidos del español o la que hemos encontrado con más frecuencia en documentos españoles, preferiblemente de la época. (Todas las notas son de la traductora).

2. La toponimia de la zona puede variar bastante en función de los autores, las épocas o el uso que se ha afianzado en los documentos y mapas. También hay variaciones debidas a la transliteración. Verne se ciñe casi completamente en esta obra a la toponimia utilizada en los documentos de la expedición Roudaire que le sirven de base histórica. No obstante, estos topónimos no siempre coinciden con los que aparecen en los mapas, bien porque Verne los ha modificado, bien porque se trata de una variante menos conocida. Aquí nos hemos limitado a españolizar la transcripción de los topónimos utilizados en el original, aunque en los casos en los que existe un topónimo en español lo bastante afianzado lo hemos utilizado. En los casos más llamativos, hemos indicado en una nota el topónimo que aparece actualmente en los mapas.

—¡Hadjar! ¡Hadjar! —murmuró la anciana madre.

Y transida de rabia y dolor prosiguió.

—Mi hijo, mi hijo —exclamó—, los rumís lo matarán y no lo volveré a ver... Y no estará con nosotros para guiar a los tuaregs a la guerra santa. No, Alá no lo permitirá.

Luego, como si la crisis hubiera agotado sus fuerzas, Djemma cayó de rodillas en un rincón de la estrecha habitación y permaneció en silencio.

Sohar estaba de nuevo apostado en el umbral, apoyado en el dintel de la puerta, inmóvil como si fuera de piedra, como una de esas estatuas que a veces adornan la entrada de las rábidas. Ningún ruido inquietante turbó su inmovilidad. La sombra de las dunas se iba alargando hacia el este, poco a poco, a medida que el sol descendía sobre el horizonte opuesto. Por el oriente, las primeras constelaciones se alzaban sobre el golfo de Gabes. Una delgada franja del disco lunar, al comienzo de su primer cuarto, acababa de deslizarse tras las densas nieblas del ocaso. Se preparaba una noche tranquila, pero también oscura, ya que una cortina de vapor ligero ocultaría las estrellas.

Poco después de las siete, Sohar volvió con su madre y le dijo:

—Es el momento.

—Sí —respondió Djemma—, es el momento de arrancar a Hadjar de las manos de los rumís... Hay que sacarlo de la cárcel de Gabes antes de que salga el sol. Mañana será demasiado tarde.

—Todo está listo, madre —afirmó Sohar—. Nuestros compañeros nos esperan... Los de Gabes han preparado la evasión. Los del Yerid escoltarán a Hadjar y, antes de que sea de día, estarán lejos, en el desierto.

—Y yo con ellos —declaró Djemma—, pues no abandonaré a mi hijo.

—Y yo con usted, madre —añadió Sohar—. ¡No abandonaré ni a mi hermano ni a mi madre!

Djemma lo atrajo hacia sí y lo estrechó entre sus brazos. Luego, ajustándose la capucha del jaique, cruzó el umbral.

Sohar iba unos pasos por delante de ella, aunque ambos se dirigían hacia Gabes. En lugar de seguir el litoral, por el rastro de algas que había dejado la última marea, caminaban por el borde de las dunas, con la esperanza de pasar desapercibidos durante el trayecto de un kilómetro y medio. El oasis, una masa de palmeras casi difuminada en las sombras crecientes, aparecía como una mancha borrosa. Ninguna luz brillaba en la oscuridad. En las casas árabes sin ventanas, la claridad del día solo llega a los patios interiores y, cuando cae la noche, ninguna luz escapa al exterior.

Pronto apareció un punto luminoso por encima de los contornos desdibujados de la ciudad. El foco, bastante intenso, procedía seguramente de la zona alta de Gabes, del minarete de una mezquita, o quizá del fuerte que coronaba la ciudad.

Sohar señaló con el dedo el resplandor y afirmó convencido:

—El borj —dijo.

—¿Está allí, Sohar?

—Allí está encerrado, madre.

La anciana se detuvo, como si la luz estableciera una especie de comunicación entre su hijo y ella. Si no procedía del calabozo en el que su hijo estaba encarcelado, al menos llegaba desde el fuerte en el que habían encerrado a Hadjar. Desde que el temible jefe había caído en manos de los soldados

franceses, Djemma no había vuelto a ver a su hijo. Y no lo volvería a ver a menos que esa misma noche se pudiera fugar para escapar a la suerte que le había reservado la justicia militar. Se quedó como inmovilizada en aquel lugar y Sohar tuvo que decirle dos veces:

—Venga, madre, venga.

Siguieron caminando al pie de las dunas que se redondeaban al acercarse al oasis de Gabes, el conjunto de aldeas y grupos de casas más importante en la orilla continental del golfo. Sohar se dirigía hacia el grupo de casas que los soldados conocían como «la ciudad de los forajidos». Se trataba de una aglomeración de cabañas de madera habitada por una población de mercaderes que le había valido ese nombre, bastante justificado. La aldea estaba situada a la entrada del uadí, un arroyo que serpentea caprichosamente a través del oasis, a la sombra de las palmeras. Allí se alza el borj, o fuerte nuevo, del que Hadjar saldría rumbo a la prisión de Túnez.

Sus compañeros, tras adoptar todas las precauciones y preparativos necesarios para la evasión, esperaban sacarle de allí esa misma noche. Reunidos en una de las cabañas, esperaban a Djemma y a su hijo. Había que extremar la prudencia, y más valía que nadie los viera acercarse a la aldea.

¡Con qué preocupación dirigían los ojos hacia el mar! Su temor era que el crucero llegara para trasladar al prisionero antes de que pudieran organizar la fuga. Acechaban alguna luz blanca en el golfo de Gabes, los relinchos del vapor, los gemidos estridentes de la sirena que indicaban que un barco estaba a punto de atracar. Solo los fanales de los barcos de pesca se reflejaban en las aguas tunecinas. Ningún silbido desgarraba el aire.

Todavía no habían dado las ocho cuando Djemma y su hijo alcanzaron la orilla del uadi. Diez minutos más y habrían llegado a la cita.

En el momento en que iban a seguir por la orilla derecha, un hombre al acecho tras los cactus ribereños se alzó y pronunció este nombre:

—¿Sohar?

—¿Eres tú, Ahmet?

—Sí. ¿Tu madre?

—Me sigue.

—Y nosotros te seguimos a ti —dijo Djemma.

—¿Qué noticias tenemos? —preguntó Sohar.

—Ninguna —respondió Ahmet.

—¿Los compañeros están aquí?

—Están esperando.

—¿No han dado la alerta en el borj?

—No.

—¿Hadjar está preparado?

—Sí.

—¿Cómo lo sabemos?

—Por Harrig, a quien han liberado esta mañana y que está ahí con los compañeros...

—Vamos —dijo la anciana.

Y los tres remontaron la orilla del uadi.

Ahora el espeso follaje no les dejaba avistar la masa oscura del borj. Aquel oasis de Gabes era un inmenso palmeral.

Ahmet sabía por dónde iba y caminaba con paso seguro. Primero tendrían que cruzar Yara, que ocupa ambas orillas del uadi. El mercado principal de Gabes se encuentra en esa aldea, antaño fortificada, que pasó sucesivamente por las manos de cartagineses, romanos, bizantinos, árabes. A estas al-

turas, la población no habría vuelto a casa y quizá Djemma y su hijo no tendrían dificultades para cruzar sin llamar la atención. Las calles de los oasis tunecinos no tenían luz eléctrica, ni siquiera de gas, y salvo por algunos cafés, estarían sumidas en la más profunda oscuridad.

No obstante, Ahmet, muy prudente y circunspecto, no dejaba de decir a Sohar que las precauciones nunca están de más. No era imposible que la madre del preso fuera conocida en Gabes, y su presencia habría provocado un aumento de la seguridad alrededor del fuerte. La evasión ya presentaba demasiadas dificultades, aunque se preparaba desde hacía mucho, y era importante que nada pusiera a los guardias sobre aviso. Por eso Ahmet elegía bien los caminos que conducían a las cercanías del borj.

El centro del oasis estaba lleno de actividad aquella tarde. El domingo estaba a punto de terminar. En general, el último día de la semana siempre es fiesta en las ciudades con guarnición, sobre todo guarnición francesa, tanto en África como en Europa. Los soldados de permiso pasan la tarde en los cafés y no vuelven al cuartel hasta entrada la noche. Los indígenas participan de la animación, especialmente en el barrio de los mercaderes, donde hay una gran mezcla de italianos y judíos. El tumulto se prolonga hasta altas horas de la noche.

Como acabamos de decir, cabía la posibilidad de que Djemma no fuera una desconocida para las autoridades de Gabes. Desde la captura de su hijo, se había aventurado más de una vez por el borj, arriesgando su libertad y quizá también su vida. Era conocida la influencia que había ejercido sobre Hadjar, la influencia de la madre, tan potente entre los tuaregs. Se la sabía capaz, después de haberle incitado a re-

belarse, de provocar una nueva rebelión, bien fuera para liberar al prisionero, bien para vengarlo, si el consejo de guerra lo condenaba a muerte. Era temible, todas las tribus se alzarían al oír su voz y la seguirían por el camino de la guerra santa. La habían buscado en vano para capturarla. Numerosas expediciones la perseguían a través de este país de sebjas y de chotts. Protegida por la devoción de sus conciudadanos, Djemma había escapado hasta ahora a todos los intentos de apresar a la madre después del hijo.

Y aquí estaba, en el oasis en el que la amenazaban tantos peligros. Había querido unirse a sus compañeros reunidos en Gabes para preparar la evasión. Si Hadjar lograba burlar la vigilancia de sus guardias, si podía saltar los muros del borj, su madre volvería con él a la rábida y, a un kilómetro de allí, en lo más profundo de un palmeral, el fugitivo encontraría los caballos preparados para su evasión. De nuevo la libertad y, quién sabe, un nuevo intento de alzarse contra la opresión francesa.

Siguieron avanzando con precaución. Entre los grupos de franceses y árabes que a veces se cruzaban, nadie podía adivinar que la madre de Hadjar se escondía bajo el jaique. Cuando Ahmet les hacía una señal, los tres se ocultaban en un rincón oscuro, tras una cabaña aislada, bajo los árboles, y reanudaban la marcha cuando el campo volvía a estar libre.

Solo estaban a tres o cuatro pasos del lugar de la cita cuando un tuareg, que parecía estar esperándolos, se precipitó a su encuentro.

La calle, o más bien el camino, que llevaba al borj estaba desierta y solo tenían que seguirla unos minutos, subiendo por una estrecha calle lateral en pendiente, para llegar al

gurbi o cobertizo al que se dirigían Djemma y sus compañeros.

El hombre se fue derecho a Ahmet y, uniendo el gesto a la palabra, lo detuvo, diciendo:

—No sigas.

—¿Qué pasa, Horeb? —preguntó Ahmet, que había reconocido a uno de los tuaregs de su tribu.

—Nuestros compañeros ya no están allí.

La anciana madre interrumpió su marcha y preguntó a Horeb con la voz cargada de preocupación y de ira:

—¿Los perros rumís nos han descubierto?

—No, Djemma —respondió Horeb—, los guardias del borj no sospechan nada.

—Entonces, ¿por qué nuestros compañeros se han marchado? —prosiguió Djemma.

—Porque unos soldados de permiso pidieron de beber y no quisimos quedarnos con ellos. Estaba el suboficial de espahís, que la conoce, Djemma.

—Sí —murmuró la mujer—, me vio en el aduar, cuando mi hijo cayó en manos de su capitán... ¡Ah, ese capitán, si alguna vez...!

Y fue como si un rugido de fiera salvaje se escapara del pecho de esa mujer, ¡la madre del prisionero Hadjar!

—¿Dónde nos reuniremos con los compañeros? —preguntó Ahmet.

—Venid —respondió Horeb.

Y, tomando la delantera, se deslizó por un pequeño palmeral rumbo al fuerte.

El palmeral, desierto a esas horas, solo cobraba vida los días del gran mercado de Gabes. Por lo tanto, no era probable que se cruzaran con nadie al acercarse al borj, en el que,

por otra parte, sería imposible entrar. Aunque era domingo y había muchos permisos en la guarnición, era improbable que el puesto estuviera vacío.

Además, quizá una vigilancia más estricta se habría impuesto mientras el rebelde Hadjar estuviera preso allí dentro, hasta que no lo hubieran trasladado al crucero que lo conduciría a su cita con la justicia militar.

El pequeño grupo avanzaba al amparo de los árboles y llegó a la linde del palmeral.

En ese lugar se amontonaban unas veinte chozas, y algunas luces se filtraban a través de sus estrechos vanos. El punto de encuentro estaba allí mismo, a solo un tiro de fusil.

Apenas Horeb se metió por un callejón sinuoso, se oyó un ruido de pasos y una voz lo obligó a detenerse. Una docena de soldados, espahís, venían en dirección contraria cantando y gritando, quizá por influencia de libaciones demasiado prolongadas en los cabarés de la zona.

Ahmet creyó prudente evitar el encuentro y, para dejarlos pasar, se precipitó junto con Djemma, Sohar y Horeb al fondo de un oscuro callejón sin salida, cerca de la escuela franco-árabe.

Allí se encontraba un pozo coronado por una estructura de madera que sujetaba el torno del que pendían el cubo y su cadena.

En un instante, todos se refugiaron tras el pozo, cuyo brocal bastante alto los ocultaría por completo.

El grupo avanzaba, hasta que se detuvo al gritar uno de los soldados:

—Rayos y centellas, ¡qué sed!

—Pues bebe. Aquí tienes un pozo —le respondió el sargento furriel Nicol.

—¿Agua, sargento? —exclamó el cabo Pistache.

—Invoca a Mahoma, quizá te convierta el agua en vino...

—Si tuviera alguna garantía...

—¿Te harías mahometano?

—No, sargento. Y además, ya que Alá prohíbe a los creyentes beber vino, nunca haría un milagro así para unos infieles.

—Bien razonado, Pistache —declaró el sargento, que añadió—: Y ahora, rumbo al puesto.

En el momento en que sus soldados se disponían a seguirle, los detuvo.

Dos hombres subían por la calle y el suboficial reconoció en ellos a un capitán y un teniente de su regimiento.

—¡Alto! —ordenó a sus hombres, que se llevaron la mano a la checkia.

—Vaya —dijo el capitán—, el bueno de Nicol...

—¿Capitán Hardigan? —respondió el sargento furriel con un cierto tono de sorpresa.

—¡El mismo!

—Acabamos de llegar de Túnez —añadió el teniente Villette.

—Nos volvemos a marchar para una expedición y tú vienes con nosotros, Nicol.

—A sus órdenes, mi capitán —respondió el suboficial—. Estoy dispuesto a seguirle por donde vaya.

—Vale, vale, entendido —respondió el capitán Hardigan—. ¿Cómo va tu viejo amigo?

—Perfectamente... a cuatro patas, y no dejamos que le se oxide ninguna.

—Estupendo, Nicol. ¿Y también As de Corazones? ¿Sigue siendo amigo de tu viejo amigo?

—Desde luego, mi capitán. No me extrañaría que fueran gemelos.

—Pues sería divertido: ¡un perro y un caballo! —respondió riendo el oficial—. Quédate tranquilo, Nicol, no los separaremos cuando nos vayamos.

—Se morirían si lo hiciéramos, mi capitán.

En ese momento retumbó una detonación procedente del mar.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó el teniente Villette.

—Probablemente un cañonazo del crucero que está entrando en el golfo.

—Y que viene a buscar a ese granuja de Hadjar —añadió el suboficial—. Menuda captura que ha hecho, mi capitán.

—Puedes decir que lo capturamos juntos —replicó el capitán Hardigan.

—Sí, y también el viejo amigo... y As de Corazones —declaró el sargento.

Luego los dos oficiales siguieron su camino rumbo al borj, mientras que el sargento furriel Nicol y sus hombres se dirigían hacia los barrios bajos de Gabes.

Capítulo 2 - Hadjar

Los tuaregs, de raza bereber, vivían en la zona de Icham, situada entre Tuat, el enorme oasis sahariano ubicado a quinientos kilómetros al sudeste de Marruecos, Tombuctú al sur, Níger al oeste y Fezán al este. En la época en la que transcurre esta historia, se habían visto obligados a desplazarse hacia regiones más orientales del Sahara. A comienzos del siglo xx, sus numerosas tribus, algunas casi sedentarias y otras absolutamente nómadas, se reunían en aquellas planicies arenosas, que recibían el nombre de *utta* en lengua árabe, desde Sudán hasta las zonas en las que el desierto argelino linda con el desierto tunecino.

Desde hacía unos años, tras el abandono de las obras del mar interior en el Arad, zona que se extiende al oeste de Gabes, cuya creación había estudiado el capitán Roudaire, el residente general y el bey de Túnez habían obligado a los tuaregs a refugiarse en los oasis alrededor de los chotts. Esperaban que, dadas sus cualidades guerreras, pudieran convertirse en los gendarmes del desierto. Esperanza vana, pues

los *imohagh* seguían mereciendo el mote injurioso de «tuaregs», es decir, «bandidos de la noche», que hacía que los temieran en todo el Sudán. Es más, si se reanudaba la construcción del mar sahariano, no era improbable que se pusieran a la cabeza de las tribus, totalmente hostiles a la inundación de los chotts.

Aunque abiertamente el targui¹ (que es el singular de tuareg en lengua bereber) trabajaba de guía para las caravanas, de protector incluso, su instinto dado al pillaje y a la piratería le había creado una reputación demasiado asentada como para no despertar desconfianza. Se decía que, unos años antes, el mayor Faing, mientras recorría los peligrosos parajes de la zona, estuvo a punto de morir en un ataque de esos terribles indígenas. En 1881, durante una expedición que salió de Uargla, el comandante Flatters, valeroso oficial al mando, y sus compañeros perecieron en Bir-el-Gharama. Las autoridades militares de Argelia y Túnez debían estar constantemente a la defensiva y rechazar una y otra vez los ataques de esas tribus, que formaban una población bastante numerosa.

Entre las tribus tuaregs, la de los ahaggar pasaba por ser una de las más guerreras. Sus principales jefes participaban en todos los alzamientos que tanto entorpecían la influencia francesa en los amplios límites del desierto. El gobernador de Argelia y el residente general de Túnez, siempre alerta, prestaban especial atención a la región de los chotts o sebjas. Por ello es fácil comprender la importancia de un proyecto cuya ejecución estaba a punto de culminar: la invasión del mar interior, que es el objeto de este relato. Este proyecto

1. Verne usa indistintamente «tuareg» o «targuí», este último incluso en plural. En esta traducción hemos optado por usar «tuareg» en la mayor parte de los casos.